

BIBLIOTECA POPULAR BOLIVARIANA

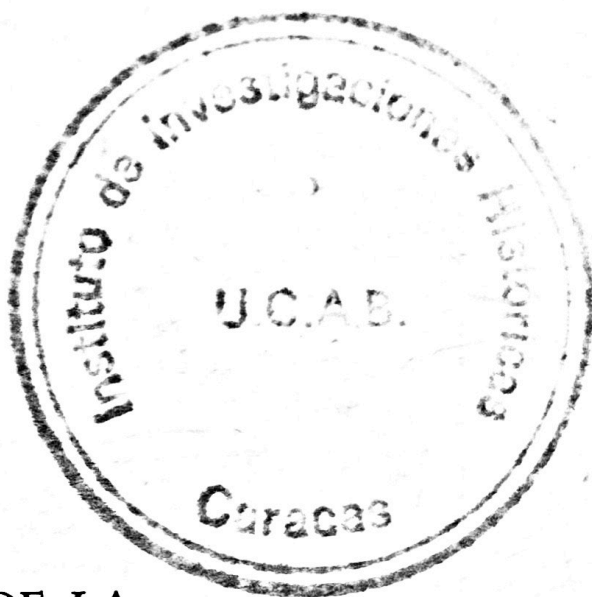
III

BOLIVAR

Y EL IDEAL DEMOCRATICO

POR

MARIO BRICEÑO PEROZO



PUBLICACION DE LA
SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Caracas, 1968

Librería Ruiz H. Sainza
10-01-41

TITULOS PUBLICADOS

BOLIVAR y sus anécdotas, por *Manuel Pinto C.*

BOLIVAR y sus Detractores, por *Angel Francisco Brice.*

BOLIVAR y el Ideal Democrático, por *Mario Briceño Perozo.*

PROXIMOS TITULOS DE LA SERIE:

BOLIVAR y el Sentimiento de Nacionalidad, por *Cristóbal L. Mendoza.*

BOLIVAR y la Población, por *Luis Villalba-Villalba.*

BOLIVAR y el Poder Moral, por *José Abel Montilla.*

BOLIVAR y el Periodismo, por *Santiago Hernández-Yepes.*

BOLIVAR y el Ejército, por *Lino Iribarren-Celis.*

BOLIVAR, Escritor y Tribuno, por *Ramón Díaz Sánchez.*

BOLIVAR Y EL IDEAL DEMOCRATICO

Para espíritus cultivados, la democracia no es sólo una modalidad política, una doctrina, un sistema de gobierno; es, además, un estado de conciencia. El ciudadano, convertido en Magistrado, no ha de conformarse con representar cabalmente a su pueblo cumpliendo y haciendo cumplir sus disposiciones, ha de ir más allá, a la realización de un vasto programa de orientación, de canalización de inquietudes, de conjugación de voluntades, y darle a sus ejecutorias el signo propio, inconfundible, que dicta su pensamiento rector.

La manera como el estadista pone a caminar sus ideas políticas, la forma bajo la cual se presenta ante sus súbditos para darles órdenes y consejos, el sello que imprime a sus actos gubernativos, el modo de obrar ante los legisladores, la doctrina que emerge de su experiencia, todo esto constituye su estilo.

Los gobernantes, como los poetas y los escritores tienen su estilo; si en éstos se aprecia una peculiar manera de cantar y de escribir, en aquéllos se advierte una característica propia en el arte y en la ciencia de gobernar.

Hay poetas y escritores que no son originales, que copian servilmente a otros del pasado o del presente; asimismo, existe el político incapaz de crear, que ampara su mediocridad en las luces que irradia algún modelo afortunado.

Pericles, Bolívar, Lincoln, son a lo largo de la historia de la humanidad, arquetipos de tres épocas diferentes, de tres escenarios geográficos distintos y distantes y de tres comunidades sociales con tendencias y aspiraciones propias. Cada uno revela extraordinaria originalidad en su manera de conducir la nave del gobierno. Cada uno tiene su estilo, en esto se diferencian entre sí. Son hombres de genio creador, capaces de estructurar nuevos sistemas; erradicar viejas lacras; enarbolar banderas de redención y conquistar el corazón de sus pósteros, hasta hacer que en el tope de los años, se les ame y admire, y se les tome el nombre para sublimes apellidaciones.

Además, el ideario de estos egregios dirigentes, es médula de programas y de Constituciones políticas, porque es eterna la vigencia de los principios que sustentaron y proclamaron en las más solemnes ocasiones. Recordamos aquellos conceptos de Pericles, vertidos sobre el sepulcro de los atenienses que sucumbieron en la primera guerra del Peloponeso. He allí la definición precisa, clara, luminosa, de la Democracia. La justificación ante el orbe y ante la Historia del régimen que se dio el pueblo de Atica.

Es democracia —proclama— porque no funciona en interés de una minoría sino en beneficio del mayor número. Tiene por principio fundamental la igualdad. En la vida privada la ley no hace diferencia alguna entre los ciudadanos. En la vida pública, la consideración no se gana por el nacimiento o la fortuna, sino, únicamente, por el mérito; y no son las distinciones sociales, sino la competencia y el talento que abren la vía de los honores. En Atenas todos entienden y se preocupan de la política y el que se mantiene apartado de los asuntos públicos es considerado como un ser inútil. Reunidos en asamblea los ciudadanos

saben juzgar sanamente cuales son las mejores soluciones, porque no creen que la palabra dañe la acción y desean, por el contrario, que la luz surja de la discusión.

Del discurso de Pericles se deducen, como elementos del gobierno democrático, los siguientes: a), su funcionamiento en beneficio de la mayoría; b), la igualdad jurídica y social, como piedra angular; c), el mérito como única credencial para destacar en la vida pública; d), la competencia y el talento como el solo medio para la conquista de honores; y e), que las soluciones a dar a los grandes problemas no emerjan de la mente y la palabra de un hombre, sino del grupo deliberante.

El vocablo *democracia*, de cuño nítidamente griego, significa gobierno del pueblo. Allí cuenta con la igualdad pericliana, otro ingrediente substancial: la libertad, que, como atinadamente lo señala un notable tratadista, acusa en la Grecia popular esta ambivalencia: *libertad mediante la ley, pero sujeción a la ley.*

En una ocasión (19-XI-63) tan memorable como la escogida por Pericles para hacer la declaración de principios del gobierno ateniense, Lincoln, en el campo de Gettysburg, en homenaje a los caídos en la batalla del 14 de Julio de 1863, remata su arenga con un voto de clara resonancia ecuménica: *Que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra.*

Democracia no es demagogia, igualdad no es subversión de valores, ni libertad es libertinaje. El olvido de los viejos preceptos ha llevado a la confusión; a un malentendido que es preciso destruir, para volver a la noción justa del gobierno del pueblo.

Democracia no es hacer lo que le venga en gana al individuo por la circunstancia de ser éste una cifra de la comunidad que ha contribuido a la estructuración del gobierno; por el contrario, para garantizar la estabilidad del sistema y confirmar su legitimidad, ya afirmada una vez por medio del sufragio, es menester actuar dentro de los límites que determina la norma constitucional. Romper estos límites es quebrantar el estado de derecho, es atentar contra el régimen democrático.

La descompostura social provocada por la crisis de la familia, por la ausencia cada vez más pronunciada de la disciplina en la escuela, en el liceo y en la universidad, por la presencia en el cuerpo colectivo de morbos sociales como "los pavitos" y otras formas de la delincuencia juvenil, por el crecimiento explosivo de la población en razón inversa al fomento de altos ideales de cultura y de la responsabilidad ciudadana, imponen una tarea inaplazable, cual es la de salvar la democracia, el "Estado de derecho", por los medios que reclama el momento crucial que vivimos.

¿Será reciente esta crisis? Hace setenta años, un reputado maestro de América, el Doctor Nicholas Murray Butler, prevenía: *Primero hay que despertar el espíritu público; después hay que educarlo*. Maravillosa previsión fundada, naturalmente, en una amarga experiencia. En su país y en otros Estados democráticos se hacía lo primero, pero no se cumplía lo segundo.

No basta instruir, también hay que educar; así como al niño se le ejercita en Primaria para iniciarlo más tarde en el Bachillerato, al ciudadano hay que llenarlo de nociones de Moral y Cívica, como el principio de su ejercitación para la democracia.

La piedra fundamental de la democracia venezolana la ha puesto el legislador en el Artículo 4º de la Constitución, al establecer categóricamente que *la soberanía reside en el pueblo, quien la ejerce, mediante el sufragio, por los órganos del Poder Público.*

Este principio no es nuevo, arranca de nuestro primer estatuto federal, el de los patricios de 1811, al consagrar el Capítulo 8º, Sección Primera, (nº 144), que la soberanía, como supremo poder de reglar y dirigir equitativamente los intereses de la comunidad, *reside esencial y originalmente en la masa general de sus habitantes, y se ejercita por medio de apoderados, o representantes de éstos, nombrados y establecidos conforme a la Constitución.*

Después del 11, el legislador nacional, con muy pocas variantes, ha mantenido en la mayoría de las constituciones subsiguientes la norma definidora de la soberanía, sin prescindir del intransitivo que utilizaron los padres de la nacionalidad, para enfatizar que sólo el pueblo es fuente del supremo poder.

Estas disquisiciones en torno al concepto de gobierno democrático, a base de citas doctrinarias pertenecientes a autores de diferentes generaciones y de las más varias latitudes, nos permiten afianzar la convicción de que Bolívar no sólo libertó naciones, aun más, abrió a éstas y a sus hermanas del Continente, el camino de la Democracia, siendo él el primero y el más grande de sus conductores.

Toda la vida de Bolívar, toda su obra, están colmadas de ejemplos elocuentes que lo presentan como lo que era, un demócrata singular. Hasta en los momentos más álgidos de su actuación política, cuando las circunstancias le obligan, ineludiblemente, a la asunción

de poderes especiales, él se conduce como un genuino representante del pueblo.

Quienes sepan que una de las virtudes del gobernante democrático, es la del desprendimiento del mando, el deseo de que otros vayan a la curul presidencial, verán en Bolívar un paradigma en este sentido. Para él, la sola preocupación era el sosiego, la tranquilidad de la nación, alcanzada esta, ya no consideraba indispensable su permanencia en el poder: *El primer día de paz —dice— será el último de mi mando.*

El, a quien la guerra había colocado en la cumbre de todo dominio, sólo quería, por propia convicción, *no tener otros derechos que los del simple ciudadano.*

Cuando otros, sin su estatura moral ni política, hacen alarde de su posición y alzan como un pendón de orgullo la vara del magistrado, él la aborrece y jamás usa tal insignia, porque *para quien no tiene ambición, el mando pesa como la muerte.*

Cuanto le preocupaba que los pueblos recién nacidos a la libertad cometieran el yerro de considerar —como los viejos monarquistas— que un hombre providencial, con menosprecio de la masa, deba concentrar en sus manos, en forma absoluta e indefinida, las riendas de la administración pública. Por ello aconseja: *Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos... Nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecer, y él a mandarlo, de donde se origina la usurpación y la tiranía.*

Para él que había nutrido la mente en las enseñanzas de los juristas de Roma y en las máximas de los filó-

sofos de la Revolución Francesa, *la justicia es la reina de las virtudes republicanas, y con ella se sostienen la igualdad y la libertad.*

Característica de los régulos usurpadores y despóticos es la de encerrarse dentro de su vanidad y soberbia, con desprecio del juicio que inspiren a los demás; Bolívar que era un demócrata, estimaba la opinión pública como la primera de todas las fuerzas; antes de preterirla, la exaltaba; en vez de soslayarla se sometía a su veredicto.

En su concepto, sólo la Democracia es susceptible de una absoluta libertad, y al recorrer diversas etapas de la Historia Universal, reflexiona con cierto dejo de amargura: *pero ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia?* La edad de las democracias ha sido corta en comparación con la de los poderosos imperios cimentados por la aristocracia. El desearía para las repúblicas populares la antigüedad y vigencia de la China milenaria o de la Inglaterra monárquica amasada de siglos.

Ahora bien, si solamente la democracia es apta para la plena libertad, solamente en ella ha pensado el Libertador cuando escribe: *El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política;* pero una democracia fortalecida por la experiencia de otros regímenes constitucionales y adaptada, al mismo tiempo, al medio nacional. Esto lo plantea y explana atinadamente en la pieza admirable, a que pertenecen los trozos que acabamos de transcribir: el Discurso ante el Congreso de Angostura.

Hay quienes creen que aquella reflexión es un voto

contra el sistema democrático y una invitación a que se adopte la dictadura o la monarquía copiada de Gran Bretaña; nada más desacertado. Las dictaduras, si hacen la felicidad la limitan a un pequeño grupo, el del dictador y sus adláteres, si garantizan la seguridad social, ésta se circunscribe al mismo radio citado, y huérfanas, como están, del apoyo popular, no gozan de estabilidad política. Bolívar, demócrata convencido, hablaba en función de mayorías.

Y en el segundo caso, en el mismo documento está la explicación referente al sistema inglés. Al efecto puntualiza: *Os recomiendo el estudio de la Constitución Británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo de gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo.*

Y por si fuera poco, aquí abundan las razones para destruir todo equívoco: *Un gobierno republicano ha sido, es y será el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios.*

Bolívar fincaba la dicha de nuestro país en las leyes dadas por el Congreso de 1811; y la seguridad y estabilidad del gobierno, en las disposiciones emanadas de la magna Asamblea de Angostura. Esto no era óbice para hacer un recuento de la realidad dictada por la Historia. De allí su queja por la debilidad que acusó la democracia ateniense, incapaz de mantenerse en pie con la fuerza de los otros sistemas gubernativos de la antigüedad.

Empero, al situarse de nuevo en su patria, en la tierra

que pisa, a pesar de las crudas reflexiones que ha hecho ante los legisladores, confiesa, lleno de fe, inflamado de entusiasmo: *Amando lo más útil, animada de lo más justo, y aspirando a lo más perfecto, al separarse de la Nación Española, Venezuela ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional. Constituyéndose en una República Democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios; declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir.*

El tiempo, la guerra acá y acullá, los zangoloteos de la política, la deslealtad de algunos, la incomprensión de muchos, la ingratitud de unos pocos, nada hace cambiar su pensamiento. Nada es capaz de romper la unidad político-democrática de su ideario. A diez años del Congreso de Angostura, recalca: *Mis opiniones y mi voluntad no son otras que las del pueblo, y cualquiera que sea la constitución y la forma política que la soberanía nacional establezca en Colombia, yo me someto a ella; esta es mi resolución irrevocable, y es la que importa que tengamos todos los colombianos. Los bienes por que anhelamos deben partir de esa fuente inagotable de salud pública.*

Y quede bien claro, por si los partidarios de la monarquía criolla, que los hay en todos los rincones del Estado grancolombiano, y que muchos de buena fe le han insinuado esa posibilidad a él, la única cabeza visible y adecuada por cientos de títulos para coronarse, que tal proyecto no cabe en aquella manifestación. Por ello es harto explícito: *La nación puede darse la forma que quiera, los pueblos han sido invitados de mil modos a expresar su voluntad y ella debe ser la única guía en las deliberaciones del congreso;*

pero que se persuada todo el mundo que yo no seré el rey de Colombia ni por un extraordinario evento, ni me haré acreedor a que la posteridad me despoje del título de Libertador que me dieron mis conciudadanos y que halaga toda mi ambición.

Recuérdese que el Consejo de Gobierno, al proyectar sus precauciones en el futuro de Colombia, temerosos los ministros de que una vez muerto Bolívar el país cayera en el caos, había entablado conversaciones con Francia e Inglaterra, anheloso de asegurar el porvenir con la presencia en el solio gubernativo de un príncipe ligado a alguna de las dinastías reinantes en Europa.

Pero bien sabían los negociadores que la monarquía no podía comenzar sino después de la desaparición del Libertador, por el convencimiento en que se hallaban de que Bolívar rechazaría la corona aun cuando se la ofreciese el Congreso.

Por encima de todo está su fe en la confianza popular, la integridad de su nombre y el buen juicio de los congresantes. Es muy elocuente este trozo de una carta para Mariano Montilla, de 21 de marzo de 1830: *Aquí nos hallamos en una crisis bastante desagradable, pero no podemos menos que esperar un triunfo cuando la opinión del pueblo está en nuestro favor. Algunos canallas de los del proyecto de monarquía han creído poder perderme para salvarse; pero yo estoy resuelto a mantener mi dignidad, mi honor y gloria, a pesar de sus pérfidos proyectos. El congreso se porta como debe en estas circunstancias, acreditando las esperanzas bien fundadas en los individuos dignos que lo componen.*

Don Salvador de Madariaga, a más de inexacto peca de injusto, cuando da a una intrascendente referencia

epistolar el valor de documento indubitable, para dejar *definitivamente probado que era Bolívar quien llevaba en persona a Colombia hacia la monarquía*; un fallo semejante, pronunciado por un juez de la sapiencia del notable historiógrafo español, debería fundamentarse en probanzas serias, precisas y contundentes. En cambio, en este caso, todo el aparato probatorio se contrae a las informaciones y especulaciones, ante el Foreign Office, del Coronel James P. Henderson, cónsul general de Gran Bretaña en Bogotá. En efecto, el astuto agente inglés obtenía confidencias del Ministro de la Guerra General José María Córdova, acerca de graves asuntos ventilados en el Consejo. Uno de estos problemas pudo ser que, ante lo complejo de la situación política de Colombia (Noviembre de 1828) el Libertador sería inducido por el Ejército y las ciudades principales de la Unión a dar al país una constitución, sin convocar el Congreso. *Si se llega a cumplir este propósito —conjetura el informante— se irá a una Monarquía Constitucional o a algún orden político similar.*

Del barrunto de Henderson, alimentado por las noticias no muy sinceras de Córdova, también basadas en suposiciones, el escritor hace una prueba definitiva.

Hombre de una sola pieza, Bolívar era sincero y leal. A Mosquera le dice: *Soy el hombre que usted ha conocido desde el año de 14. He predicado el orden y la unión; he procurado dar, además, ejemplo. He dicho a todo el mundo lo que pienso; y yo pienso siempre lo mismo.*

Porque se sentía del pueblo, cuya opinión respetaba y seguía, era celoso de la legalidad. A pesar de disponer de todos los medios para mandar a su antojo, sus

escrúpulos innatos le impedían ganar el poder por medios diferentes a los señalados en la Carta Fundamental.

Antes que un general victorioso, parece que por su boca hablara un legislador ateniense o un jurisprudente romano: *Santa María me dice que si no acepto el mando habrá infaliblemente una espantosa anarquía, pero ¿qué he de hacer yo contra una barrera de bronce que me separa de la presidencia? Esta barrera es el derecho: no lo tengo ni lo ha cedido el que lo poseía; por consiguiente, esperaremos a las elecciones.*

Llegado este caso, la legitimidad me cubrirá con su sombra o habrá un nuevo presidente; se habrá despejado el horizonte político, y sabremos, en fin, si hay patria o no hay patria. Entonces, y sólo entonces, podré entrar en el poder ejecutivo, suponiendo siempre que las elecciones se hacen conforme a la ley.

Lo anterior está consignado en carta para el General Rafael Urdaneta, de 18 de septiembre de 1830. Obsérvese que, con antelación de nueve años, al escribirle Pedro Gual y manifestar en elogio de su obra que la historia dirá del Libertador cosas magníficas, él le responde: *Yo pienso que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando y mi consagración absoluta a las armas para salvar al gobierno y a la patria... La historia dirá: Bolívar tomó el mando para libertar a sus conciudadanos, y cuando fueron libres, los dejó para que se gobernasen por las leyes y no por su voluntad.*

Su más íntima complacencia era la de haber servido cabalmente a la Patria, la de haberlo dado todo en pro del bien de los americanos, la de no haber perjudicado a nadie. Por ello afirma con la frente en alto:

Rico desde mi nacimiento y lleno de comodidades, en el día no poseo otra cosa más que una salud quebrantada... Todos los recursos y ejércitos victoriosos de Colombia han estado a mi disposición individual, y la satisfacción interior de no haberle causado el menor daño, es mi mayor consuelo.

Para el mejor desenvolvimiento de la administración pública, consideraba indispensable el concurso de todos los ciudadanos de méritos, ya por la virtud o su valor intelectual. Por ello da normas que van directamente a la conciencia de los gobernantes democráticos de todo tiempo y lugar: *El modo de gobernar bien es el de emplear hombres honrados, aunque sean enemigos... Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote.*

Tenía la certeza el Libertador que repúblicos de la talla de Cristóbal Mendoza y militares del temple del Coronel José Ucrós, por más que no simpatizaran con la persona del Magistrado, eran incapaces de plegarse al crimen, de dañar a la Nación. En el caso concreto, inspirador de la regla, el mandatario era Páez y los "enemigos" aquellos meritísimos patriotas. Cuantas veces se ha repetido este expediente a lo largo de nuestra historia!

Creía, igualmente, Bolívar que la opinión general en que debiera inspirarse el gobierno, sería la que ilustraran los individuos de aquella espigada categoría moral, así se tratase de adversarios; pero eso sí, que las luces de estos hombres estuviesen siempre al servicio de la Patria, alumbrando su felicidad.

El talento para que esplenda es menester de una base, el Libertador le da la probidad. El pensamiento

de Emerson se inserta en el de Bolívar: *El talento no es nada sin el carácter.*

Probidad y carácter en el papel de sustentáculos del talento son una misma cosa. Rectitud, integridad, honradez; elevación de ánimo, firmeza, energía. De aquí que veamos, también, destellos bolivarianos, en esta novísima concepción: *Carácter significa fidelidad a los valores propios*; porque solamente los hombres probos, los hombres de carácter, son los que garantizan la pureza de la lucha por la realización del ideal democrático, adheridos siempre, a los valores permanentes del pueblo.

Muchos años antes de proclamarlo Butler en sus famosas conferencias, Bolívar había dado a la educación la característica de elemento vital en el camino de las comunidades: *Las naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si esta vuela, retrogradan, si retrograda, se precipitan y se hunden en la oscuridad, si se corrompe o absolutamente se abandona... Moral y Luces son los polos de una República... Un hombre sin estudios es un ser incompleto... El ignorante, que siempre está próximo a revolverse en el lodo de la corrupción, se precipita luego, infaliblemente, en las tinieblas de la servidumbre... La educación forma al hombre moral, y para formar un legislador se necesita, ciertamente, educarlo en una escuela de moral, de justicia y de leyes.*

Objetores de Bolívar, ayer y hoy, quieren empañar su trayectoria democrática con la alusión a las épocas en que ejerció la dictadura en Perú y en Colombia, y le atribuyen ideas cesaristas por las instituciones vitalicias que introduce en la Constitución de Bolivia.

Una y otra cosa son absurdas y se caen por su propio peso. Tanto en Perú como en Colombia las circunstancias impusieron al Libertador la asunción de poderes especiales, pero siempre dentro del marco de la conveniencia del Estado.

A la luz de la más exigente dialéctica, ¿qué se entiende por régimen dictatorial? Dictadura es la forma de gobierno, basada en la violencia, en que el poder se ejerce sin límite alguno, sin obediencia de normas legales, inconsultamente.

En aquellas etapas de su vida pública, en que el Libertador gobernó sin sujeción a la Constitución, no fue la violencia sino el interés de la Patria su único apoyo; etapas que estuvieron marcadas por la situación de emergencia que confrontaban estos países, inmersos en el turbión de la guerra, y que por otra parte fueron efímeras. Además, él oía la opinión de sus Ministros en la oportunidad de las grandes decisiones. Y en el seno del Gabinete ha podido decir, anticipándose a Lincoln: *Seven nos, one Aye, the Ayes have it* (Siete que no, uno que sí, el sí decide), sin dejar por ello de ser un demócrata.

Una vez que cesaban las causas determinantes de la situación, el poder, bajo Bolívar, volvía a las limitaciones constitucionales.

Con la Carta Fundamental de Bolivia —que Bolívar no pretendió aplicar en Colombia— se sacrificaba la alterabilidad presidencial en aras de la estabilidad del régimen. Era una ley inspirada en las características del medio social y en las tradiciones históricas de la región.

Posteriores acaecimientos justificarán las previsiones constitucionales del Libertador. En un lapso menor de

75 años, Bolivia se ha visto sacudida por sesenta movimientos subversivos (1825-1898), con varios de sus presidentes asesinados y otros aventados al exilio.

No han faltado ideólogos talentudos y eruditos, que para endulzar el oído de ciertos autócratas hispano-americanos, han colocado como asidero de sus actuaciones, algunas de las ideas y proyectos del Libertador, desde luego, que caprichosa y torcidamente interpretados.

La terca insistencia de estos propagandistas del cesarismo democrático, llegó hasta el sacrilegio —como lo calificó un ilustre catedrático de Derecho Constitucional— de llamar “Presidente Bolivariano” a tiranos del jaez de Juan Manuel Ortiz de Rosas.

Cuan acertado estuvo el fervido bolivarista Fernando González cuando planteó esta interrogante: *¿Cómo pueden haber tomado las ideas del Libertador para defender las dictaduras? Ciertos escritores han manoseado sus ideas acerca de la emancipación y de la política suramericana, tergiversándolas, para darle brillo a serviles producciones encaminadas a halagar a los caudillos americanos.*

Si los países bolivarianos y todos aquellos en donde rigen gobiernos democráticos, siguieran al pie de la letra los postulados básicos de la doctrina del Libertador, no caerían en los graves desaciertos, en los errores que a menudo cometen, bien porque su ordenamiento legal defectuoso le concede exceso de facultades al Jefe del Estado y no existe un verdadero equilibrio en las tres vertientes del Poder Público, bien porque la maquinaria de la administración acusa desajustes por el peso de añejos vicios, o porque la

ambición desenfrenada de algunos sectores se constituye en permanente amenaza contra el hilo constitucional.

En materia republicano-democrática, los pueblos indohispanos, a contar desde la época de su separación de la patria madre, tienen plena conciencia de sus destinos y en ningún caso se justifica la rectoría eventual del mandarín improvisado, surgido del cónclave de la conspiración, ni menos la tutoría afrentosa de vecinos potísimos erigidos, por autodeterminación, en árbitros arbitradores necesarios e infalibles de nuestras disensiones domésticas.

Fiel al ideal democrático, tal como a su credo de libertad y redención. América debe volver a él, a Bolívar, su padre y Libertador, y que sean sus principios los cimientos inderrribables de la democraria continental.

LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA acordó crear la *Biblioteca Popular Bolivariana*, consistente en una serie de brevísimos cuadernos, escritos con sencillez didáctica para divulgar entre las mayorías los aspectos fundamentales del pensamiento y de la obra del Libertador.



Los cuadernos serán vendidos al precio excepcionalmente módico de veinticinco céntimos cada ejemplar, con el objeto de que alcancen la mayor suma de lectores y para que los diversos organismos y entidades nacionales puedan adquirirlos fácilmente y distribuirlos entre estudiantes, trabajadores y soldados de la República.

